

SAN PABLO EN ESPAÑA

La venida de S. Pablo a España es un hecho histórico y religioso de dimensión nacional para nuestra patria. Su centenario, que celebramos este año, trata de hacérselo vivir agradecidos y extraer de sus múltiples virtualidades una revitalización de la fe que él nos trajo. Nuestra conducta cristiana debe salir de la celebración más ajustada a la exigencias morales que él nos predicó en todo campo de la vida y singularmente en las relaciones con nuestros prójimos.

Pero la base del Centenario es el hecho histórico. ¿Consta ese hecho con seguridad?

Para responder a esa pregunta ofrecemos a los lectores la exposición que del tema hace uno de los más distinguidos exegetas católicos contemporáneos, C. Spicq O. P., en su Introducción al magno Comentario a las cartas pastorales de S. Pablo. La figura del ilustre profesor de Friburgo es sobradamente conocida por sus grandes obras publicadas en la colección Etudes bibliques, Epître aux Hébreux, Agape, Spiritualité sacerdotale selon S. Paul, entre otras muchas.

El P. Spicq por su origen y por la elevación de su obra científica puede enjuiciar con objetividad el tema de la venida de San Pablo a España, sin que simpatías nacionalistas o posiciones preconcebidas se interpongan en el camino de su exegesis bíblica.

SE concibe la impaciencia del Apóstol Pablo durante los cinco años de su prisión en Roma al no poder difundir la palabra de Dios en el mundo y se imaginan fácilmente los múltiples proyectos de evangelización que ha podido formar y madurar durante este largo período de inacción forzada. Podemos estar seguros de que al quedar libre San Pablo pondría en juego al máximo sus posibilidades de apostolado. Puesto en libertad el año 63, reanuda al momento sus viajes misioneros. ¿Hacia qué país se dirigirá? Ya desde tiempo atrás, en el año 58, estaba firmemente resuelto a dirigirse a España: «...teniendo vivos deseos de ir a vosotros desde hace varios años, cuando me dirija a España; porque espero veros al pasar y ser encaminado por vosotros para allá...» (Rom. 15, 23-24). «Así que hubiere concluido este negocio... me partiré de allí, pasando por vosotros, para España» (Rom. 15, 28). No se trata de un simple proyecto, sino de una decisión firme; Roma no sería más que una etapa en su viaje al Occidente. Tenemos, pues, el derecho de pensar que S. Pablo, arrestado en Jerusalén unas semanas después de haber hecho partícipes de su proyecto a los romanos, lo habrá puesto en práctica en cuanto haya tenido ocasión para ello cinco años más tarde. Esta será la conclusión a que nos lleven tanto un análisis psicológico de Pablo como el estudio de las pruebas históricas del hecho

El año 96, treinta más tarde de ocurrir los hechos, Clemente Romano escribió este célebre texto: «Pablo ha recibido también el premio de su paciencia; habiendo sido encarcelado siete veces, habiendo sido azotado y lapidado, habiendo llegado a ser heraldo del Oriente y del Occidente, ha obtenido el elogio merecido su fe. Después de haber instruido el mundo entero en la justicia y haber llegado hasta el límite del Occidente ἐπι τὸ τέλος τῆς δύσεως ἑλθὼν — y haber dado testimonio ante los gobernantes, ha sido retirado de este mundo y ha ido al lugar santo, habiendo llegado a ser el más grande modelo de constancia». (Cor. 5). Cierzo que el pasaje es hiperbólico, pero esto no es razón para suponerlo totalmente falso. Se puede notar, por el contrario, la exacta sucesión cronológica de todos sus hechos: Pablo predica por todas partes, llega al extremo del Occidente, da testimo-

nio (en Roma) ante los gobernantes y, finalmente, muere. La fórmula ἐπι τὸ τέλος τῆς δύσεως sólo en apariencia es ambigua; τέλος designa las fronteras de un país y δύσις (el opuesto de ἀνατολή), derivado de δόμαι, designa el ponerse de los astros y sobre todo del sol y, por tanto, el lugar geográfico donde se pone el sol, el Occidente. Pero para un romano, «los confines del Occidente» no pueden designar Roma, que es el centro del mundo, no la frontera; sino España, la Hesperia, el país detrás del cual el Sol desaparece y que señala el extremo del Occidente. De forma que el sentido natural de τὸ τέλος τῆς δύσεως es: «hasta el extremo Oeste», es decir España, donde se levantan las columnas de Hércules. En este sentido, Apiano declara que la frontera occidental del Imperio es el oceano Atlántico. Y Estrabón, hablando de España, la designa como «las extremidades de la tierra en su parte occidental». Y Filostrato localiza a Cádiz en el extremo de Europa. Sin duda muchos críticos rechazan el testimonio de Clemente Romano, pretextando que se apoya en la promesa de Rom. 15. ¡Pero no deja de ser una extraña hermenéutica aquella para la cual el proyecto firme y explícito de un viaje, debilita o anula el valor del documento que nos relata la ejecución del mismo! Es necesario pues reconocer que al final del primer siglo la tradición de la Iglesia romana atestigua un viaje de San Pablo a España.

Si los *Hechos* apócrifos de Pablo no hablan una palabra de ese viaje, éste sin embargo es testificado por los *Hechos* de Pedro, compuestos por un cristiano de Asia hacia los años 200-210, y sobre todo por el *Canon de Muratori*, obra probablemente de Hipólito de Roma, hacia el año 200; «*Lucas da a entender al excelente Teófilo que todas aquellas cosas habían ocurrido en su propio tiempo y lo muestra de forma evidente al no hacer mención de la pasión de Pedro ni de la partida de Pablo, cuando dejó la Urbe para marchar a España*». En fin, el viaje a España es comunmente afirmado por Orígenes, S. Atanasio, S. Cirilo de Jerusalén, S. Epifanio, S. Juan Crisóstomo, Teodoreto, etc.

A estos testimonios oficiales, no será superfluo añadir algunos argumentos psicológicos, cuyo peso es tal que el viaje de S. Pablo a

España debería seguir siendo considerado como muy probable aunque ningún documento nos hablara de él. Es conocido, en efecto, el celo del Apóstol de las Gentes por la predicación de la palabra de Dios y hasta qué punto percibía el sentido profundo de su responsabilidad misionera: «¡Ay de mí, si no evangelizare!» El había sido creado y puesto en el mundo para anunciar el Evangelio a toda criatura (Cfr. Ac. 9, 15; 26, 18). Más exactamente, él había sido llamado para la conquista progresiva del mundo a la verdadera fe. Es necesario tener aquí en cuenta cuál era el principio constante según el cual S. Pablo escogía las regiones que debía evangelizar. Rehusaba predicar en los países donde hubiera sido anunciada ya alguna vez la palabra de Dios y se reservaba las zonas vírgenes que debían ser por primera vez roturadas. Cuando proyectaba marchar a España, escribía a los romanos: «Desde Jerusalén y en todas direcciones hasta el Ilírico, lo he llenado todo del Evangelio de Cristo, haciendo sin embargo una cuestión de honor el no evangelizar donde Cristo hubiera sido ya anunciado» (Rom. 15, 19-20. Cfr. 2 Cor 10, 15-16). Así pues, en el año 58, el Evangelio había sido ya anunciado desde el Sudeste hasta el Noroeste en todo el Oriente. Pero, ¿quién lo había llevado hasta el Occidente? Ciertamente S. Pablo mismo había introducido el cristianismo en Europa, pero España — ἐσχάτον τῆς γῆς — (Ac. 1, 18), no había todavía recibido la palabra de salvación por la fe en Jesucristo. Esta omisión, ¿no atormentaría al Apóstol durante los cinco años de su cautiverio en Cesarea y Roma? Ya había decidido ponerle remedio antes de ser encarcelado; más que nunca debía desear ahora realizar esta nueva conquista. Sabía que esta misión le correspondía a él, que este campo de apostolado era suyo y que con ello no sobrepasaba los límites de su vocación; «κάτα τὸν κανόνα ἡμῶν» (2 Cor. 10, 15). Por el contrario, él había recibido la gracia del Señor para predicar a todos los pueblos. ¿Cómo iba a serle infiel? Siendo el primero en pasar al «extremo Oeste», no trabajaría sobre un «fundamento» ajeno. En su interior, un español, hermano del Macedonio de Ac. 16,9, debía aparecérselo sin cesar y gritarle: «Ven en nuestra ayuda». Si el Apóstol no hubiera respondido a aquella llamada, ¿cómo hubiera podido escribir con la conciencia tran-

quila: τὸν δρόμον τετέλεξα, he finalizado mi carrera»! (2 Tim. 4, 7).

Más que nadie S. Pablo ha pensado en la evangelización misionera del mundo. El encarnaba en alguna forma el dinamismo de la predicación cristiana que, después de Pentecostés, corre del Este al Oeste; este Drang nach Westen es como la lógica vital de la expansión misionera. El Apóstol es tan consciente de ello que, cuando el año 58 vuelve a Jerusalén para llevar a los Santos el fruto de la Colecta, forma en el mismo momento el propósito de visitar Roma y decide conquistar España. Harnack observa acertadamente que la iglesia cristiana, que en el momento de la conversión de S. Pablo, año 36, estaba contenida por una elipse cuyos focos eran Jerusalén y Antioquía, treinta años más tarde, a la muerte del Apóstol, esta elipse se había desplazado y tenía como focos a Roma y Efeso. Este crecimiento prodigioso es la obra de S. Pablo. Es él quien más que nadie ha contribuido al avance, a penetrar en zonas nuevas, a acentuar el desplazamiento transversal hacia el Oeste; esto mismo nos hace suponer que el Apóstol no sólo ganó España, sino que a su vuelta, o más probablemente a su ida, hizo escala en Marsella. Así se comprende mejor el envío de Crescente a la Galia. Esta misión, en efecto, supone algún conocimiento anterior de esta región. Habiendo puesto una vez el pie en la Galia, S. Pablo debía tener el deseo de proseguir la evangelización y no duda, en medio de su soledad romana, de privarse de un colaborador precioso para enviarle a esta vasta región del Noroeste.

Si este viaje se imponía al final de la vida de S. Pablo como la consumación de su apostolado misionero, se presenta también como absolutamente normal y obligado desde el punto de vista subjetivo del Apóstol mismo. El tenía en efecto como norma constante de su predicación el dirigirse en primer lugar a los judíos para darles a conocer el verdadero Mesías. Pero los judíos de la Diáspora debían ser numerosos en España. Un buen número de ellos, expulsados de Roma por el edicto de Claudio del año 41, debieron dirigirse a este rico y próspero país, y así el Apóstol estaba seguro de encontrar allí, desde su llegada, un auditorio bien constituido.

Por otra parte, judío él mismo y alimentado en las fuentes del A. T., Pablo no podía desconocer este país en el que los fenicios se habían establecido hacia tiempo, fundando la ciudad de Cádiz en la costa de Andalucía; y tenía que conocer también, en el extremo occidental del Mediterráneo, por el mapa etnográfico del Gen. 10, 4, a la ciudad de Tarsis —*Ταρτησός*— de nombre tan parecido al de su ciudad natal, construída por los Focios de Jonia. Esta ciudad era citada innumerables veces en las Escrituras como puerto de mar y núcleo comercial (Ez, 38, 13) y por sus minas de estaño, plomo y plata. Es a este lejano país al que Jonás quiso huir (Jon. 1, 5; 4, 2). El Salmista había profetizado que los reyes de Tarsis y de las Islas vendrían en este tiempo del Mesías a postrarse delante de él y servirle (Ps. 72, 10-11). Isaías, profetizando igualmente que todas las naciones y todas las lenguas verían la gloria de Dios, clamaba: «Yo enviaré sus sobrevivientes a las naciones, a Tarsis,... a las Islas lejanas que no han oído jamás hablar de mí y que no han visto mi gloria; y ellos publicarán mi gloria en medio de las naciones» (Is. 66, 19). ¿No es esto como una orden dada al Apóstol de realizar las promesas del profeta?

En fin, España, arrebatada por Roma a los Cartagineses a partir del S. III a. de C., no podía ser desconocida para el ciudadano romano que era Pablo de Tarso. No podía ignorar su geografía, descrita por Polibio, Posidonio, Varrón, Estrabón, Plinio el Viejo, Pomponio Mela, ni las guerras púnicas que habían señalado el comienzo de esta dominación, ni los combates que Pompeyo y César habían librado allí, ni el consulado de Catón del año 195, ni que Herodes Antipas, desterrado por Calígula, había fallecido allí, ni sus escritores célebres como Marcial, Séneca y Lucano nacidos en

Córdoba, Columela, natural de Cádiz, Pomponio Mela, etc.; ni la división del territorio por Augusto en las tres Provincias de Lusitania (Portugal), Bética y Tarraconense, ni sobre todo el amor de los Tartesios hacia los extranjeros. En el primer siglo de nuestra era, España ya era un país pacificado, sin existencia distinta de la del Imperio mismo. En ninguna Provincia había sido tan completa la romanización. A la muerte de Augusto, la lengua y las costumbres romanas eran las que predominaban allí.

Además, las comunicaciones entre España e Italia eran numerosas, regulares y fáciles. El anciano prisionero romano sabía que la Urbe importaba de aquella Provincia aceite, trigo, vino, pescado, sal y salazones, estaño, plata, etc. Plinio, haciendo alusión al lino que se utilizaba para tejer las velas de los navíos, decía: «*Existe una planta, el lino, que llega desde Cádiz, situada junto a las columnas de Hércules, hasta Ostia en siete días, y en sólo cuatro desde la España citerior*». Así pues, esta evangelización de España no representaba en manera alguna un viaje demasiado largo o una expedición aventurada o difícil; era el último perfil que el Apóstol no podía omitir, para obedecer fiel y completamente a su vocación misionera.

En conclusión, este viaje a España, decidido por S. Pablo, atestiguado al menos por dos documentos romanos de gran valor, San Clemente Romano y el Canon del Muratori, fácil de realizar e impuesto desde el punto de vista sicológico y religioso, se presenta como un hecho histórico cierto. Sólo podían conseguir que lo pusiéramos en duda testimonios explícitos en contrario, testimonios que no han sido aducidos jamás.